En una palabra, la crisálida moral de Mercedes y Angelita, era insuficiente é imperfecta; estaban próximas á ser mariposas y esta trasformacion debia ser fecunda en peripecias curiosas y en resultados peligrosos.

CAPITULO XXIV.

CONTINUACION DE LA IMPORTANTE MATERIA TOCADA EN EL CAPITULO ANTERIOR.

LO dicho: las contravenciones del órden basado en la moral de las costumbres, traen irremisiblemente sobre el infractor el condigno castigo:

Concha va á ser una de las pruebas de este aserto.

Antes de descender al fondo de la disipacion, la muger resbala en su pendiente y lucha con los restos que le quedan de pudor.

Sea esto dicho en loor del sexo débil: el luchar lo disculpa, y cuando menos, esto es un elocuente tributo al principio moral.

Gonzalez, como sabe ya el lector, era un buen muchacho; circunstancia apreciabilísima, pero por desgracia insuficiente tratándose del presupuesto económico de Concha.

Sin la insuficiencia monetaria de Gonzalez, Concha lo hubiera amado de veras; y no se crea que esto es para dójico. ¿Qué influencia puede tener el vil metal para convertir en verdadero el amor? se nos preguntará. Pues no hay cosa que suceda con mas frecuencia que esta.

Concha entró al mundo filiándose entre las gentes acomodadas, merced á un golpe de fortuna, y concurrió al banquete de los placeres, sin mas títulos que sus hermosos ojos, su talle esbelto y sus bonitos piés; he ahí su capital inmueble.

Concha cobró los réditos y se los pagaron.

Gonzalez, el último de los censatarios, solo entregó dividendos y redujo los pagos, como en tiempo de revolucion, á terceras partes.

Nos habiamos propuesto no decirlo, siguiendo nuestro prurito de no hablar mal del prójimo, pero es necesario no callar en esta vez.

Concha tenia algunos pecadillos mas.

Antes de conocer á Gonzalez, conoció á un señor natural de Veracruz, munífico por mas señas.

Concha lo consideró tan liso y llano pagador, que se moria de gusto y de cariño.

El de Veracruz tuvo que ausentarse á poco tiempo con-

fiándole á Concha esa quisicosa que con tanta facilidad se traspapela en las ausencias: la fé de los amantes.

Concha vió alejarse al de Veracruz y derramó lágrimas por si fueren útiles y porque le pareció que no es bueno despedirse en seco; acarició las últimas onzas que le quedaban, como el mas tierno recuerdo de su amante, y se volvió á quedar sin réditos.

Este es el grave inconveniente de ciertos capitales; los pícaros hombres solemos estar intratables en algunas ocasiones y no parece sino que ya somos insensibles á los atractivos del sexo hermoso.

Tal pensaba Concha; y mas de una vez apostrofó á la raza de Adan, por sus incalificables esquiveces: hasta que encontró á Gonzalez que desempeñó su interinato lo mejor que pudo.

Pero he aquí que retornó el de Veracruz, preguntando por la susodicha fé, que era precisamente la que en aquellos momentos se encontraba tan mal parada. A la pregunta de la fé, agregó el de Veracruz un programa de futuras esplendideces, y las matemáticas de Concha hilvanaron una operacion aritmética que le dió un residuo que se llamaba "Gonzalez."

Gonzalez acertó aquel dia, en su visita cuotidiana, á estar mas expresivo que de costumbre.

Concha hubiera deseado tener un microscopio, para encontrar en Gonzalez algo que le diera motivo de enojo, pero Gonzalez se estaba portando admirablemente.

Concha se finjió celosa.

Conzalez la satisfizo plenamente.

Dudó de su amor.

Gonzalez le dió pruebas.

Se finjió pobre.

Gonzalez la obsequió.

Se finjió triste.

Gonzalez la hizo reir.

Tanto hizo Concha para desprenderse de Gonzalez, pretextando motivos é inventando pretextos, que Gonzalez conoció que habia moros en la costa.

Concha ejercia un dominio absoluto sobre sus glándulas lacrimales. Jamas esta arma femenil tuvo propietaria mas pródiga.

Concha sabia dejar caer de sus ojos las lágrimas, como de sus lábios las palabras.

Un dia dejó caer estas perlas sobre los hombros de Gonzalez.

—¿Qué tienes? le preguntó este.

—Triste.

—¿Por qué?

—Por mi reputacion.

—¿Quién la ataca? señálame al villano y me lo como vivo.

—Eso es lo que yo quisiera saber, pero no lo conozco.

—¡Qué lástima!

—Pero me calumnian, dicen que soy liviana, que te amo á tí y..... á otros.

—Que atrocidad! ¿con que á otros?

—Sí, á varios.

Gonzalez soltó una carcajada, y exclamó:

—No hagas caso de hablillas; en tu carácter de muger sola, te verás calumniada constantemente; tu hermosura incita á inventarte amantes.

Al dia siguiente, Gonzalez supo lo de el de Veracruz.

—Sigo triste, le dijo Concha.

—Con razon.

—Siguen las habladurías.

—Pobre de tí, ¡qué injusticias!

—Tengo un amigo.

—¿El de Veracruz?

—El mismo.

—¿Y qué?

—Que han llegado á sus oidos las murmuraciones.

—Lo siento.

—Y eso me aflije horriblemente.

—¿Por qué?

—Porque tal vez lo crea.

—¿No te conoce?

—Sí.

—Pues no debe creerlo.

—¿Y tú.....

—Yo no creo nada, yo sé muy bien que tú eres una santa.

—Pero yo no quisiera que mi amigo el de Veracruz supiera que me amas.

Concha, en el mas difícil de los papeles de dama jóven,

se entregaba en cada palabra; y despues de una lucha heroica, en la que llegó á creer que habia triunfado, quedándose con el de Veracruz en cambio de Gonzalez, recibió una misiva lacónica y elocuente firmada por sus dos amantes.

Gonzalez respiró libremente, y al volver al hogar doméstico, saboreando aun la susodicha compensacion que pretendió hallar en Concha, se encontró á Chucho el Ninfo.

Chucho tenia el don de la imperturbabilidad, aun delante de los maridos.

Gonzalez en la reaccion de su conciencia creyó acertar manifestándose complaciente y obsequioso.

Angelita pensó lo mismo que Gonzalez.

Y Chucho pensó lo mismo que el matrimonio; de manera que los tres estaban á cual mas cariñosos.

—Por qué estás tan alegre? le preguntó Gonzalez á su muger.

—Porque me ha dado gusto, dijo ésta, que vengas tan temprano.

—Qué cosa tan rara! pensó Gonzalez.

—Efectivamente, agregó Chucho, ya se hacia necesaria su presencia de usted aquí, señor Gonzalez; porque á mí ya se me va agotando el caudal en la conversacion, y nos pasamos algunos ratos en silencio; ¿no es verdad, Angelita?

—Cierto; así sucede muchas veces.

Aquellos tres personages estaban haciéndose sospechosos entre sí á fuerza de amabilidad.

Angelita creia de mal agüero la dulzura de Gonzalez.

Gonzalez encontró á su muger tan cambiada que creyó que le ocultaba algo.

Y á Chucho le parecia el rugido de la tempestad aquella armonía conyugal.

Gonzalez pensaba con horror en la pena del Talion, y Angelita encontraba muy de su gusto que Gonzalez tuviera celos; primero para que su marido no se quedara sin probar ese platillo, y luego porque como al fin aquello no era mas que un santo ardid para evitarle á su hermana Mercedes un desaguisado, Angelita estaba interiormente tranquila y con aire triunfante.

Chucho el Ninfo, entretanto, estaba satisfecho de su obra; le parecia haber llegado al colmo de lo que en lenguaje de pollo se traduce así: *pico largo.*

Para adquirir este honroso título habia empleado todos los medios que le sugeria su vanidad de calavera, y el ruido que habia logrado hacer con sus amores era la aura popular que mas le lisonjeaba.

Para Chucho el triunfo era completo desde el momento que sus amores eran públicos; el resultado práctico le importaba poco, lo que Chucho queria era el escándalo.

Tenia la certidumbre de la impunidad y aseguraba que ninguno de los dos maridos le pediria cuentas de su honra. Para Chucho, el marido era en la sociedad el tipo ridículo mas despreciable, y juraba á mil cruces que jamas se casaria.

Mercedes, por otra parte, llevaba ya mucho tiempo de

luchar de una manera heróica consigo misma; pero las reacciones de este trabajo ímprobo de su conciencia y su corazon eran funestas. Amaba á Chucho á pesar de todo y cada vez con mas ardor: mientras mas pensaba arrancar de su corazon aquella imágen que la perseguia, mas y mas sus pensamientos no eran mas que para aquel ser, despreciable para quien lo conociera, pero que para Mercedes era la encarnacion de su mas bello sueño.

Mercedes comenzó á recibir grandes desaires de sus mejores amigas y á echar de menos á su familia, que casi se habian retirado completamente de su casa.

Un dia recibió la visita de su tia, de la tia á quien le faltaba un ojo; pero quien con el que le quedaba desempeñaba el papel de Argos admirablemente.

Encontró á Mercedes llorando.

—No te pregunto por qué lloras, porque eso todo el mundo lo sabe.

—Todo el mundo! exclamó Mercedes sorprendida.

—Sí, todo el mundo; excepto tu marido porque eso es lo que sucede siempre; ya se ve, es el único de quien probablemente se cuidan tú y ese..... señorito, que ha venido á amargar la existencia de tu familia y á alejarte de la estimacion de las gentes.

—Pero, qué es lo que me está usted diciendo?

—La verdad, sobrina mia, la verdad, porque yo soy así; ya me conoces, tan fea como tan franca, y aunque de nada me escandalizo, hay cosas que solo para vistas.

—Quiere decir que se habla de mí?

—Y con razon. Lo extraño es que tú no acabes de comprender el papel que estás haciendo.

—Pero nadie tiene razon para despreciarme.

—Nadie?

—No, nadie, respondió Mercedes con enerjia; porque, efectivamente, Mercedes no habia faltado á sus deberes sino en la apariencia; pero el público habia pronunciado su fallo, y los fallos del público son inapelables.

—De nada te sirve ya esa indignacion que manifiestas porque nadie te creerá; el mal está ya hecho, la sociedad te ha juzgado ya; y aunque supongamos, porque yo tambien quiero suponerlo, que eres pura, las gentes hablan y aseguran enteramente todo lo contrario.—Ya se ve, el señorito no se para en pintas, y no solo, sino que hace alarde de sus vicios; te digo que debe quererte mucho el hombre que primero te roba la honra y la tranquilidad para que una vez perdida nada te quede que sacrificarle.

—Pues jure usted, tia, jure usted como yo, que una y mil veces he rechazado este amor; jure usted que no he faltado á mis deberes; jure usted que seguiré luchando hasta conmigo misma para no tener jamas de qué avergonzarme. Atienda usted á que lucho sola porque todos me han abandonado, y porque en medio de mi tribulacion y mi aislamiento no tengo ni un consuelo, ni una esperanza por parte de los mios: en todos leo las señales de la desaprobacion, y veo que huyen de mí como de una apestada; y sin embargo, que lo diga él mismo, lo desafio á que me sostenga que soy su amante, y si tal dice miente;

pero no..... no le dice, ni puede decirlo nunca. Dígale usted á la sociedad, dígale usted á mis padres que no me condenen, que todavía soy pura, que todavía soy digna de su estimacion. Y ya lo ve usted, hasta mi marido me abandona; si él hubiera estado de mi lado, yo no me hubiera separado de su vista; yo le hubiera hecho protestas de amor delante del hombre que me roba el honor y me arrebata para siempre la tranquilidad, solo porque soy impotente contra sus persecuciones. Rehabilíteme usted, señora; rehabilíteme usted y no me abandone como todos, porque me faltarán las fuerzas para luchar por mas tiempo. Qué mas puedo hacer que imponerme el mas penoso de los sacrificios? porque sépalo usted todo de una vez para que me condene ó me absuelva, y entonces me ampare: sépalo usted, señora, mi corazon está vírgen de amor; soy casada, pero jamas he amado á mi marido, ni tampoco he sido nunca amada por él; y mi primer amor, el único ser que ha sido capaz de inspirarme una pasion que me mata, es Chucho. Yo no sé si lo que él hace es efecto de su amor; tal vez es imprudente; pero es tan jóven que no mide el tamaño de sus indiscreciones. Hasta hoy no le he confesado mi amor; él insiste y arrostra por todo, y yo sé muy bien que la única manera de conseguir su discrecion y su prudencia, es ceder á sus deseos: si yo le hubiera correspondido, nadie sabria nada, obrariamos de acuerdo, y seria yo criminal, es cierto, pero conservaria el aprecio de las gentes; pero mi repulsa, mis negativas, mi obstinacion en no faltar á mi fé de esposa, obliga

á Chucho, ya que no le doy mi amor, á robarse mi honra; ¿y á qué precio puedo rescatarla si aun es tiempo? ¡Ah! yo he preferido mi conciencia á mi honra: si hubiera sacrificado mi pureza me hubiera salvado; mientras que hoy, el cumplimiento de mis deberes me ha perdido. ¿Qué debo hacer para rehabilitarme? ilumíneme usted, y en lugar de reprocharme, como todos, mi conducta, compadézcame usted, señora, se lo ruego. Tal vez mi padre me desprecia, y mis amigas se avergüenzan de venir á verme; todo porque he luchado. Dígales usted, señora, dígales usted, por Dios, que aun soy pura, que me salven, que me salven!.....

La tuerta tia, en cambio del ojo que hacia tiempo le habia cerrado la suerte, abria desmesuradamente el otro y estaba en aquellos momentos petrificada sobre la silla como modelo de fotógrafo.

Hubo una larga pausa, durante la cual, Merced vertió abundantes lágrimas; y la tia no sabiendo qué partido tomar en una situacion tan difícil, se propuso ponerlo todo en conocimiento de doña Rosario, su hermana, para que con los consejos de algun sacerdote se tomara el partido y la resolucion mas convenientes.

—Vengo muriéndome, la dijo á doña Rosario, entrando en la casa.

—¿Por qué?

—Vengo de ver á Mercedes, tu hija, que me ha partido el corazon.

—¿Pues qué pasa de nuevo?

—De nuevo nada.

—Pues entónces?

—Figúrate que si no todo, parte de lo que nos han contado y de los rumores que circulan es falso.

—¿Cómo es eso?

—Pues nada mas cierto, al menos segun la misma Mercedes: doy el autor.

—¿Pues qué dice mi hija?

—Que..... dice que..... pues dice que no le ha correspondido á Chucho.

—¿Y tú lo has creido?

—Yo sí; y si tú no lo crees, es porque no la has oido, porque no has visto como yo sus lágrimas, porque no te ha dicho las cosas que á mí, que me han partido el alma.

Y el ojo de la tia destiló una gruesa lágrima que valia por dos.

—¿Pues qué será bueno hacer? preguntó doña Rosario toda temblorosa y conmovida.

—Yo creo que será bueno consultar el negocio con el padre Martinez que ya la ha confesado; y aunque el padre Martinez nos ha echado tierra, yo creo que si lo ocupamos en este asunto que tanto nos afecta, se apresurará á venir y nos servirá como siempre.

—Tienes razon. Pues que vayan á llamar al padre Martinez.

—Mejor iré yo en un coche y lo traigo.

—Me parece bien, corre.

—Hasta luego.

Y la tia desapareció.

Doña Rosario aprovechándose de la ausencia de D. Pedro María, encendió todas las velas de cera que habia en la casa, y anunció á las criadas que aquella misma noche se iba á *andar* la novena de la Purísima.

Poco tardó la tuerta en volver con el padre Martinez.

—Nada de sentimientos, padre Martinez, que en las tribulaciones no hay para que acordarse de lo pasado; ahora se trata de la pobrecita de mi hija, que pide á gritos que la salven.

—¿De qué, mi señora? ¿Pues qué le ha sucedido? ¿De qué está enferma?

—No, no está enferma.

—¿Pues qué tiene?

—Tiene al diablo, padre Martinez, al diablo en persona, que ya sabe usted como se ha empeñado el enemigo malo en hacerme desgraciada á mi hija de mi corazon, que es una compasion verla como llora. Aquí nos contaron, pero ya conoce usted á las gentes, padre Martinez, como abultan, y de una esquina á otra ni quien conozca las noticias.....

—Pero en fin ¿qué se dice?

—Nos contaron..... en fin, que mi hija se habia perdido.

—¡Ave María Purísima!

—Quiero decir, que tenia un amante.

—Y no es cierto, por supuesto.

—Vea usted, el amante existe, pero mi hija no lo quiere.

—Pues entonces estamos bien.

—No, padre Martinez, estamos mal, porque aunque mi hija no lo quiere, las gentes lo creen así y en el público se dicen unas cosas, para taparse los oidos.

—Y bien, ¿qué es lo que usted piensa?

—Eso es lo que queremos que usted haga, pensar en lo que será conveniente.

—Pero está usted segura de que Merceditas?.....

—Ahí esta mi hermana que le impondrá á usted, ella está al tanto de todo lo que pasa.

—Hable usted, mi señora, le dijo el padre Martinez á la tuerta.

Esta le hizo una relacion circunstanciada de los acontecimientos y de la disposicion moral de Mercedes.

—Me ocurre una idea luminosa, dijo el padre Martinez.

—¿Cuál?

—A ver? dijo la tuerta.

—Traigo en la bolsa una boleta de ejercicios para una hija mia de confesion que debe entrar mañana; no le he puesto todavia el nombre á la boleta y.....

—¡Magnífico! exclamó doña Rosario.

—Efectivamente, esa es una idea luminosa, dijo la tuerta.

—Con que mañana?

—Mañana.

—¿Pero Mercedes se prestará? dijo la tia.

—Segun dicen, la pobre de mi hija está dispuesta á todo.

—Sí.

—Pues entonces.....

—Yo me encargo de preguntarle, voy en el coche á consultar su voluntad y vuelvo.

Veamos entre tanto lo que pasaba con Angelita.